1000 KILÓMETROS DE HIPOCRESÍA

Carolina Escobar Sarti
cescobar@terra.com.gt

Levantar un muro de mil kilómetros de largo entre Estados Unidos y México sería, en el contexto actual, erigir un monumento a los dobles estándares morales de quienes basan su economía en la mano de obra, el consumo y pago de impuestos de los inmigrantes, pero luego los tratan como ciudadanos de quinta categoría o los criminalizan con el pretexto del terrorismo.

Que no salga ahora la burocracia de servidumbre con el rollo de la soberanía de Estados Unidos y su derecho de cerrar todas sus fronteras si le viene en gana, porque la globalización y los compromisos con el derecho internacional rebasan conceptos tan estrechos y ya no justifican que cada quien haga en su territorio lo que quiera. Además, para que Estados Unidos pueda defender este concepto tradicional de soberanía, debería de comenzar a practicarlo de boca hacia fuera, porque abundan los ejemplos de intervenciones abusivas estadounidenses en la vida de otros países que también quieren pronunciarse soberanos.

El último de estos ejemplos es el que sucedió en el Hotel Sheraton María Isabel de México hace pocos días, cuando funcionarios del mismo expulsaron a una delegación de cubanos que iban a tener una reunión con ejecutivos estadounidenses en materia energética. El gobierno de Estados Unidos – apoyado en la controversial legislación Helms- Burton-, mandó a los funcionarios de ese hotel a tomar tal disposición, violando con ello al menos cuatro leyes mexicanas. Y ésta es apenas una muestra.

En México, el tema migratorio se vuelve bandera de campaña; en Guatemala, y a pesar de que el gobierno diera algunos pasos en la dirección correcta luego del *Stan* y de la propuesta de un TPS para los inmigrantes guatemaltecos, las cosas vuelven a la "normalidad" para no enojar a quien ahora es el socio principal del Tratado de Libre Comercio que entrará en vigencia dentro de muy poco. En Estados Unidos, el presidente Bush ha puesto la reforma en materia de inmigración, como uno de los puntos medulares de su agenda, mientras el tema sigue levantando gran polémica entre diversos sectores.

Con 11 millones de inmigrantes indocumentados asentados en ese país, cifra que además crece exponencialmente cada día, ordenar y regular la migración es más que necesario. Pero esto no se logrará sólo con levantar un muro. En una nota publicada por Horacio Santini (Washington) en *Milenio.com*, se señala que el presidente Bush, en un discurso pronunciado en Nashville, Tennessee hace pocos días, reconoció que la política migratoria de Estados Unidos es la causante de la creación de la "industria del contrabando y falsificación" de indocumentados, sosteniendo que es intolerable que el actual sistema lleve a los migrantes a ingresar a este país en vagones de carga o a través del desierto.

Ya era hora de que se reconociera la responsabilidad de una deficiente política migratoria estadounidense en el incremento del pollerismo, la corrupción en fronteras, el aumento del riesgo para los migrantes y la muerte de los mismos. Pero habrá que pasar del discurso a una práctica coherente fundamentada en medidas que sitúen al migrante en el centro de las grandes políticas. Porque si no, es tanto como querer erradicar el narcotráfico endureciendo la mano contra

los productores y comercializadores de drogas, sin hacer nada por reducir la fuerte demanda que establecen los consumidores. En este mundo-mercado, la demanda manda, y mientras haya empleadores en Estados Unidos que prefieran la mano de obra barata y un sistema cuya seguridad social no funcionaría sin el dinero que aportan los inmigrantes, la cosa irá lenta.

Levantar muros o llevar los estados policiales a las fronteras no es la solución para detener la migración masiva hacia el Norte. Tratar al ser humano como ser humano en sus países de origen, sería un buen comienzo. Pero mientras eso llega y vivamos en un país que aún padece los más altos índices de desnutrición y violencia de la región, habrá que insistir en ordenar y regular los flujos migratorios para que los migrantes no vayan por allí, peor que perros callejeros, saltando muros porque no han podido vivir como personas.